

Respuesta a Cohen: algunas consideraciones dispersas

John Hawthorne

1. En ciertos contextos zoológicos ordinarios, sabemos que vemos una cebra. Si la clausura es correcta, entonces en esos contextos sabemos que no vemos una mula arteralmente disfrazada. El diagnóstico de Cohen es: en esos contextos “nuestra razón para negar que vemos una mula arteralmente disfrazada, por ejemplo, la poca frecuencia de tales engaños, es suficiente para que sepamos que no vemos una mula arteralmente disfrazada”.

He aquí otro caso. Sé que jamás tendré dinero suficiente para comprarme diez Rolls Royces. La mayor parte de nosotros sabemos que, de hecho, nunca tendremos dinero suficiente para comprar diez Rolls Royces. Si la clausura es correcta entonces en esos contextos “saber” equivale verdaderamente a “Jamás ganaré el primer premio de la lotería” (incluso si tengo un billete de lotería en casa). Podemos volver a aplicar el diagnóstico de Cohen: en esos contextos, nuestras razones para negar que ganaremos el primer premio de la lotería, a saber, la infrecuencia estadística de billetes ganadores, es suficiente para que sepamos que jamás ganaremos el primer premio de la lotería. ¿No es esto un desastre? No se necesita cambiar de contexto para darse cuenta de que no sabes si un billete de lotería está o no premiado.

2. Quizás el desastre no sea tan grande. Podemos después de todo imaginarnos una conversación como la siguiente: “Puede ser que algún día tenga un Rolls Royce, una isla y una villa en Italia. Acabo de comprar un billete de lotería”. “Tú sabes que no vas a ganar nada en la lotería. Vete a trabajar y gana dinero con tu esfuerzo”.

Sin embargo, esta conversación no ayuda a la causa de Cohen. Piénsese en el tipo de matiz que damos a “saber” en cualquier conversación como ésta. No podemos imaginar una conversación de este tipo en la que “saber” se use de manera completamente llana. Algunas veces a “sabe” se le da un matiz que convierte a esta palabra en un vehículo de consejo práctico, como si se dijese algo así como: “Vamos, no debes esperar eso”, o “Vamos, no debes preocuparte por eso”. Podemos distinguir, creo, usos cognitivos de usos prácticos de acuerdo con el matiz que esté presente, incluso dentro de un contexto.

3. Todos tomamos un somnífero y nos vamos a dormir. Un supermarciano ha informado a la raza humana que, durante el sueño, tomará a uno de

cada cien humanos dormidos y lo pondrá en una cubeta haciendo que les parezca que están llevando una vida normal. El resto continuará viviendo normalmente. Parece que despierto. Sucede que no soy uno de los desafortunados. Los días pasan. Para la mayor parte, esa traumática noche se convierte en un recuerdo distante. Alguien me pregunta si sé dónde están las llaves de la casa. Se lo digo. De acuerdo con la clausura sé que no pertenezco al uno por ciento de los humanos durmientes que han sido puestos en una cubeta. Aquí tenemos un escenario del tipo de los cerebros en cubetas que cuenta sólo como un escenario escéptico restringido, puesto que el razonamiento estadístico puede tomarse en cuenta. La posición de Cohen es, presumo, ésta: sé que no soy un cerebro en una cubeta en esos contextos ordinarios (o más exactamente, “sé”, tal como se quiere decir en este contexto, es verdadero de “Soy un cerebro en una cubeta”, puesto que la improbabilidad estadística es, esos contextos, adecuada para que sepa que no soy un cerebro en una cubeta). Pero aquí, *incluso* haciendo uso del matiz del consejo práctico, no me puedo imaginar diciéndome: “Sé que no soy un cerebro en una cubeta”.

4. He aquí una versión restringida de la clausura, de acuerdo con la cual el conocimiento está cerrado bajo consecuencia saliente: si sé que p y sé que p entraña q y q es saliente, sé que q . ¿No hará todo esto el trabajo que Cohen necesita? Cuando estoy en posición de decir con verdad “Sé que tengo una mano” y, además, en el sentido de “saber” que se está expresando, sé que si tengo una mano, entonces no soy un cerebro en una cubeta, sé que la hipótesis de la cubeta no es saliente. Si fuera saliente, el estándar para “saber” se elevaría, de manera que no podría decir con verdad “Sé que tengo una mano”. Cuando los estándares se elevan de esta manera, puedo decir con verdad “No sé si tengo una mano”. Mientras tanto, en el contexto original no cuento, de acuerdo con este punto de vista, como sabiendo que soy un cerebro en una cubeta, incluso si opero con los estándares para “conocer” proporcionados por el contexto original. El contexto original ha asegurado la verdad de “Sé que tengo una mano”. Pero no asegura la verdad de “Sé que no soy un cerebro en una cubeta” porque, en ese contexto, el consecuente no era saliente. Dada la clausura restringida saliente, la verdad de “Sé que no soy un cerebro en una cubeta” no se cuele por la puerta trasera.

Nótese que si la clausura restringida saliente es correcta, entonces no hay sorpresa alguna en el hecho de que los filósofos se sintieran atraídos por la clausura irrestricta, puesto que cualquier ejemplo de clausura que se contemple de manera efectiva será también un ejemplo en el que el consecuente es saliente.

¿Cuál es la ventaja de la clausura restringida saliente? No permite que, en los contextos ordinarios, cuando digo que sé que no seré rico, que “Sé que el billete de lotería que tengo en casa no tiene premio”, esto sea verdadero. Y no hace verdadera la oración “Sé que no soy un cerebro en una cubeta” en los

contextos ordinarios. En el contexto ordinario, asignar verdad a “Sé que tengo un billete de lotería que no está premiado” no parece intuitivo en la medida en que uno proyecta el uso llano y sin matices de “saber”. Mientras tanto, asignar verdad en el contexto ordinario a “Sé que no soy un cerebro en una cubeta” asume la carga de una desafortunada elección entre una verdad contingente *a priori* y el punto de vista de Pollock/Klein. Así pues, la clausura restringida de saliencia parece una opción atractiva.

5. ¿Qué significa la clausura? Si sé efectivamente p y sé efectivamente que p entraña q , ¿sé efectivamente que q ? Si esto se plantea así, resulta erróneo, puesto que uno no conoce todas las consecuencias lógicas de sus creencias. Respuesta estándar: si sé efectivamente que p y sé efectivamente que p entraña q , estoy en posición de saber q . Contraejemplo: si sé efectivamente que jamás realizaré una instancia de *modus ponens* (un consejero fiable me lo ha dicho) y sé que, si no voy a realizar jamás una instancia de *modus ponens*, entonces no instanciaré todas las reglas de inferencia válidas clásicamente, no estoy en posición de saber el consecuente. Seguir adelante con la deducción sólo enredará las cosas. Puede ser que este tipo de situación sea más común de lo que pensamos.

6. Nada de esto pone en tela de juicio la fuerza principal del argumento: el caso del aeropuerto es muy persuasivo para la tesis de que “saber” depende del contexto. El matiz al efecto de que se trata meramente de un caso de consejo práctico no está presente en este caso y, de este modo, no puede ser usado para explicarlo.

La concepción de Cohen de cómo funciona la dependencia del contexto es ésta: algunas razones tienen precedencia sobre otras. El contexto establece cuán buenas han de ser las razones de manera que cuenten como suficientes para que “saber” sea aplicable. He aquí una concepción ligeramente distinta: hay varias prácticas doxásticas distintas de las que hacemos uso correspondientemente en distintos mecanismos de formación de creencias. En algunos contextos, es apropiado confiar en algún mecanismo; en otros no. Por ejemplo, en algunos contextos es apropiado fiarse de los testimonios, en otros no —notablemente cuando los riesgos son elevados—. Quizás “saber” es aplicable cuando la creencia relevante es el producto de un mecanismo de formación de creencias en el que uno propiamente confía. Cuando los riesgos son altos, como en el caso del aeropuerto, dejamos de fiarnos de los testimonios y nos echamos en brazos del razonamiento estadístico. El último género de mecanismo de formación de creencias proporciona una creencia de la forma “Probablemente el vuelo tiene parada en Chicago”. Cuando nos fiarnos propiamente de este mecanismo, pero no en el mecanismo del testimonio, entonces uno sólo puede afirmar que sabe que “Probablemente el vuelo tiene parada en Chicago”. Smith cree, desde luego, que el vuelo tiene parada en

Chicago. El mecanismo del testimonio es operativo cuando se enfrenta al plan de vuelos. Pero Mary y John no se fían propiamente del mecanismo del testimonio: dirán con verdad: “Smith no sabe”. Hemos llegado al mismo resultado que Cohen, pero por un camino ligeramente distinto.

*Philosophy Department
Syracuse University
541 Hall of Languages, Syracuse, NY 13244
E-mail: jphawtho@syr.edu*